

Descubrir juntos la voluntad de Dios: el primer grupo de Jesuitas

Pablo Monaco, s.j.

ROMA, cuaresma de 1539. Diez Jesuitas: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Pedro Fabro, Diego Laínez, Alfonso Salmerón, Simão Rodrigues, Nicolás de Bobadilla, Pascasio Broët, Claude Jay y Jean Codure. Hace tiempo que viven juntos. En París, durante sus estudios, cada uno había hecho voto de ir a Jerusalén, y, en caso de que no fuese posible, ponerse a disposición del Papa. Extraordinarias y providenciales circunstancias habían orientado al grupo hacia esta segunda opción.

En Roma, después de haber superado positivamente una fortísima persecución, los diez se presentaron al Papa, el cual, acogiendo su ofrecimiento, había pensado enviarlos a distintas ciudades italianas. Entonces tienen que decidir si permanecen unidos y de qué modo. Es un momento fundamental: ¿cuál será la voluntad de Dios para cada uno de ellos y para todo el grupo?

Diez compañeros en actitud de discernimiento

¿Quiénes son estos diez hombres? Son sacerdotes, maestros de teología, entre los

treinta y los cuarenta años. Proviene de distintas regiones europeas (Vascongadas, Castilla, Saboya, Portugal, Picardía y Francia), se les considera enemigos políticos en potencia, y son de distintos estratos sociales: algunos provienen de la nobleza y otros son hijos de campesinos. Poseen caracteres y sensibilidades completamente opuestas: uno está lleno de energía, otro es introvertido; hay quien habla mucho y quien se siente bien en silencio; quien tiene talentos para vender y quien trabaja con paciencia.

¿Qué hicieron estos diez hombres tan distintos entre ellos para unirse y permanecer unidos? ¿Cómo fue posible que juntos fundaran una nueva Orden y una nueva forma de vida consagrada? Alguien podría responder: bastaba la presencia y el carisma de san Ignacio para ponerlos de acuerdo a todos y mantener unido el grupo. Esto es verdad. Porque, siendo los jesuitas hombres de obediencia, san Ignacio decidía y todos los demás obedecían. Pero esto es falso.

Leyendo sus testimonios, se puede constatar cómo todas las decisiones tomadas hasta la fundación de la Compañía surgieron de un proceso de discernimiento comunitario. San Ignacio aparece como líder

y animador del grupo, pero ciertamente no como jefe. Para los compañeros de Jesús, y el primero entre ellos san Ignacio, el “jefe” es Jesús; Él, que, presente en medio de sus compañeros, deja oír su voz en el discernimiento comunitario.

Uno de los testimonios más significativos para comprender la vida de los primeros jesuitas es la *Deliberación de nuestros primeros padres*. En ella se narra el discernimiento comunitario que llevó al grupo a tomar algunas decisiones: fundar la Compañía de Jesús, prestar obediencia a uno de ellos, trazar la fisonomía de la propia vocación ¹.

Estamos en 1539. «Como se nos viniera encima el tiempo en que sería necesario dividirnos y separarnos los unos de los otros –lo que también esperábamos con los mayores deseos, para llegar cuanto antes al fin que habíamos prefijado y pensado de antemano, y con vehemencia deseado– determinamos reunirnos, por muchos días antes de separarnos, para tratar unos con otros de esa vocación nuestra y modo de vivir» (DPP 1:1) ².

La separación y dispersión, que tuvieron lugar después de Pascua con la partida de Broët y Rodríguez para Siena, no impidió que las decisiones tomadas dejaran de ser de todos. Puede afirmarse que los diez fueron colectivamente sus autores.

La separación y dispersión las vivió el grupo como un acontecimiento positivo, esperado y deseado. Vistas a la luz de la dinámica trinitaria, es decir, de la dinámica del amor recíproco, son el paso necesario para que el amor y la unidad del cuerpo de la Compañía de Jesús se irradien a todo el mundo. Es el nuevo modo de ser cristianos y consagrados en la época moderna.

Única finalidad y pluralidad de juicios

A la luz del Evangelio, el grupo no teme mostrar, respecto a los medios, la diversi-

dad de opiniones y la pluralidad de juicios. Pero, al mismo tiempo, el grupo mantiene una y única la finalidad: «*Estábamos divididos en varias sentencias y opiniones sobre este estado nuestro, si bien todos teníamos una misma mente y voluntad común, a saber, buscar la voluntad de Dios que fuera perfectamente de su agrado, conforme al objeto de nuestra vocación; sin embargo, en los medios más acertados y de mayor fruto tanto para nosotros como para nuestros demás prójimos, había alguna pluralidad de sentencias. Y a ninguno debe parecer extraño que entre nosotros, débiles y frágiles, ocurriera esta pluralidad de sentencias, ya que también los mismos príncipes y columnas de la Iglesia santísima, los Apóstoles y muchos otros varones de elevada perfección, con los cuales somos indignos de ser comparados, ni de lejos, difirieron en pareceres y aun los tuvieron opuestos entre ellos, y consignaron por escrito sus sentencias contrarias. Así, pues, juzgando también nosotros de varios modos, estábamos solícitos y vigilantes para encontrar un camino plenamente abierto por el cual nos ofreciéramos todos nosotros en holocausto a nuestro Dios, en cuya alabanza, honor y gloria cediera todo lo nuestro*» (DPP 1:1).

Con corazón humilde y sencillo

Todos juntos deciden poner como base de su discernimiento espiritual ante todo algunos medios espirituales y una recta intención: «*Determinamos, y de común acuerdo resolvimos ocuparnos con más fervor de lo acostumbrado en oraciones y Sacrificios y meditaciones, y después de poner de nuestra parte la diligencia posible, en lo demás arrojar en el Señor todos nuestros proyectos, poniendo toda nuestra esperanza en Él, puesto que siendo tan bueno y liberal que a ninguno que a Él acude*

con humildad y simplicidad de corazón niega el buen espíritu, antes a todos les da con largueza sin hacer reproches a nadie, conforme a su benignidad, con mayor sobreabundancia de lo que pedimos o entendemos» (DPP 1:1).

Junto con estos medios espirituales, los compañeros emplearon «*todos los recursos humanos*», afrontando «*algunas dudas, dignas de diligente y madura consideración y providencia sobre las que solíamos pensar y meditar durante el día, investigándolas también por medio de la oración. Y por la noche, lo que cada uno había juzgado más recto y más conveniente, lo proponía en común, para que la sentencia verdadera, examinada y aprobada por los votos de la mayoría y por las razones más eficaces, la abrazáramos todos a una*» (DPP 1:2).

Por esta descripción inicial podemos entrever algunos elementos de método. Ante todo, el discernimiento espiritual comunitario prevé como punto de partida una elección renovada de Dios-Amor. Luego un ambiente espiritual a través de la comunión con Jesús Palabra (oración y meditación) y con Jesús Eucaristía (Santo Sacrificio). Y también el uso de medios humanos. Por último, la alternancia de dos tiempos de búsqueda: uno personal y otro colectivo. El primero se desarrolla según tres tipos de actividad: reflexión, meditación y oración. El segundo tiene cuatro momentos: la puesta en común del parecer personal, el examen de los distintos puntos de vista, el reconocimiento del “más verdadero” y finalmente la decisión unánime.

Estrechándonos en un solo cuerpo

Los diez, pues, afrontan la primera cuestión: «*Después de haber ofrecido y dedicado nuestras personas y vida a Cristo nuestro Señor y a su verdadero y legítimo Vicario, para que él disponga de nosotros y nos*

envíe a donde juzgue que podemos dar mayor fruto (...), si convendría más, digo, que estuviéramos de tal modo unidos o ligados entre nosotros formando un solo cuerpo, que ninguna división corporal, por grande que fuese, nos separara; o si quizá no conviniera de este modo» (DPP 1:3).

Al final, el grupo se decidió: «*Finalmente determinamos la parte afirmativa, es decir, después que el clementísimo y piadosísimo Señor se había dignado unirnos unos a otros y congregarnos, así débiles y oriundos de tan diversas regiones y costumbres, que no deberíamos romper la unión y congregación hecha por Dios, sino más bien confirmarla y asegurarla cada día más, agrupándonos en un cuerpo, y teniendo cuidado y comprensión unos de otros para mayor fruto de las almas, ya que para buscar con ahínco cualesquiera bienes arduos, la misma fuerza unida tiene más vigor y fortaleza que si estuviera fragmentada en muchas partes*» (DPP 1:3). Así pues, vemos la unidad como criterio de discernimiento y el amor recíproco como camino para responder a la voluntad de Dios sobre el grupo.

Y ya que la decisión de todos ha de someterse para su confirmación a una autoridad superior, los diez añaden una apostilla: «*En todo lo dicho y lo que se dirá, queremos que se entienda de esta manera: absolutamente nada afirmamos por impulso y ocurrencia nuestra, sino sólo, sea lo que sea, lo que el Señor inspire y la Sede Apostólica confirme y apruebe*» (DPP 1:3). El resultado de su discernimiento se ha de presentar al papa, para que, a través de su palabra, se exprese de modo definitivo la voluntad de Dios y el discernimiento pueda darse definitivamente por concluido. Otra cosa hay que notar: parece que el grupo vivió colectivamente los dos primeros modos de hacer elecciones que se describen en los *Ejercicios espirituales* (nn. 175-176).

Prestar obediencia a uno de nosotros

Resuelta la primera cuestión, los diez compañeros pasaron a una segunda «*más difícil, digna de no menor consideración y providencia; a saber, si después que habíamos emitido el voto de castidad perpetua y el voto de pobreza, convendría emitir un tercero, o sea el de obediencia a alguno de nosotros, para que más sinceramente y con*

Estábamos divididos en varias sentencias y opiniones sobre este estado nuestro, si bien todos teníamos una misma mente y voluntad común, a saber, buscar la voluntad de Dios que fuera perfectamente de su agrado, conforme al objeto de nuestra vocación

mayor alabanza y mérito pudiéramos cumplir en todo la voluntad del Señor, nuestro Dios, y juntamente lo que libremente quiera mandar Su Santidad, a quien con sumo gusto habíamos ofrecido todo lo nuestro, la voluntad, el entendimiento, la capacidad» (DPP 1:4).

Esta vez el discernimiento es costoso: los diez compañeros insisten «*muchos días en la oración y en la reflexión, pero no aparecía nada que aplacara plenamente nuestra ánimo*». Sencillamente, quedaron bloqueados. Pero «*confiando en el Señor, comenzamos a discutir entre nosotros sobre algunos expedientes para salir mejor de la incertidumbre*».

Todos juntos toman conciencia de que no logran llegar a una decisión y no insisten, no se hacen violencia. Para guardar la unidad, buscan juntos los medios para salir del punto muerto. Aparentemente parece una pérdida de tiempo, pero no es así. Jesús no libra a los diez compañeros del esfuerzo del discernimiento que los lleva a navegar en la noche, en espera y búsqueda (cf. *Jn 21, 1ss*).

Pero esta noche tiene un sentido: sirve para hacer crecer en ellos la capacidad de permanecer unidos, mientras experimen-

tan, a causa de sus diversos modos de pensar, la dificultad de estar unidos. En el fondo, habían decidido «*estrecharse en un solo cuerpo*». Y Jesús les toma la palabra enseguida.

¿Qué hace entonces el grupo? Se ejercita en la unidad, afrontando juntos esta dificultad. Se proponen tres hipótesis: retirarse todos a un eremo, retirarse sólo tres o cuatro que tomen la decisión en nombre de todos,

o permanecer en la ciudad dedicando medio día al discernimiento y el resto a la actividad apostólica. «*Finalmente, habiéndolo discutido y examinado, decidimos que todos permaneciéramos en la Urbe*» (DPP 1:6).

Tres disposiciones de ánimo

En este punto, el grupo hace otro discernimiento común sobre los medios a utilizar para encontrar una salida y deciden «*proponer a todos y a cada uno*» tres disposiciones de ánimo:

La primera, pedir a Dios lo contrario al propio sentir: «*Que cada uno de tal modo se preparara con oraciones, Sacrificios y meditaciones, que se esforzara por encontrar gozo y paz en el Espíritu Santo acerca de la obediencia, trabajando, en lo que depende de sí mismo, por tener la voluntad más aficionada a obedecer que a mandar, donde se siga igual gloria de Dios y alabanza de su Majestad*» (DPP 1:6).

La segunda, asumir hasta el fondo la propia libertad y responsabilidad: «*Que ninguno de los compañeros hablara con otro de ellos acerca de esta cuestión ni le preguntara razones, para que por ninguna persuasión*

ajena uno se moviera o inclinara más a obedecer que a no obedecer, o al contrario, sino que cada quien buscara únicamente lo que en la oración y meditación sacara como lo más conveniente» (DPP 1:6).

La tercera, ponderar lo que es mejor, de modo autónomo y disponiéndose a asumir como propia la decisión tomada por el grupo: *«Que cada uno hiciera cuenta de ser ajeno a esta Congregación nuestra, y que nunca esperara ser recibido en ella, para que con esta consideración absolutamente ningún afecto lo lleve a opinar y juzgar más según tal afecto; sino, como extraño, expresara libremente su opinión acerca del propósito de obedecer o no obedecer, y finalmente con su juicio confirme y apruebe aquello que crea será mayor servicio de Dios y más segura conservación permanente de la Compañía» (DPP 1:6).*

Esta tercera disposición es importantísima. A veces puede suceder que una o más personas participen en el discernimiento comunitario de un grupo, de una comunidad, de una familia, etc., con una reserva mental y afectiva: “Si la decisión no me satisface, no la haré mía”. En consecuencia, sucede que, cuando se pasa a la fase de la puesta en obra de la decisión tomada, estas personas digan: “Vosotros lo habéis decidido”, “ellos lo han querido”. De este modo, manifiestan un distanciamiento del grupo, con un silencio más o menos consciente durante el discernimiento. Esta actitud, a veces, se manifiesta en la “resistencia pasiva y silenciosa” que impide de hecho que la decisión se ponga en práctica y sobre todo muestra una división que se pensaba que no existía o que se había superado.

Tal vez, precisamente para hacer emerger esta tentación, cuyo efecto era el estancamiento, los diez jesuitas decidieron aminorar el ritmo de la marcha. A veces, para mantener y hacer crecer la unidad del grupo, podría ser necesario detenerse del todo y

posponer la conclusión al discernimiento. En todo caso, si se quisiera tomar una decisión, forzándose a sí mismos y al grupo, se correría el riesgo de que se impusieran los impulsos afectivos negativos que podrían herir ulteriormente al grupo y a las personas.

Motivaciones contrarias y favorables

Al día siguiente, el grupo se reúne de nuevo *«preparados para decir todos los inconvenientes que pudieran darse contra la obediencia, todas las razones que ocurrirán, y las que cada uno de los nuestros había hallado a solas pensando, meditando, orando, y cada uno por su orden manifestaba lo que había sacado» (DPP 1:7).*

Tres son los motivos más importantes que surgen, contrarios a la obediencia: *«Parece que este nombre de Religión u obediencia no tiene buena fama en el pueblo cristiano, por nuestros deméritos y pecados, como debía tenerla (...). Si queremos vivir bajo obediencia, quizá nos obligará el Sumo Pontífice a vivir bajo otra Regla ya hecha y establecida; con esto sucedería que, al no darse igual oportunidad y lugar de actuar en lo que toca a la salvación de las almas, que es lo único que buscamos después del cuidado de nosotros mismos, se frustrarían todos nuestros deseos, según nuestro juicio aceptos al Señor Dios nuestro (...). Si damos obediencia a alguno, no entrarán tantos en nuestra Congregación para trabajar fielmente en la viña del Señor, en la cual, a pesar de ser tan grande la mies, se encuentran pocos verdaderos operarios, y muchos, así es la debilidad y fragilidad humana, más buscan su conveniencia y propia voluntad, que la de Jesucristo y la plena negación de sí» (DPP 1:7).*

Al día siguiente, el grupo discute la tesis contraria, *«aportando en común las ventajas y frutos de la misma obediencia, que cada uno había recogido en la oración y*

meditación; y, por turno, cada uno aducía lo meditado, sea llevando las cosas a lo imposible, sea afirmando sencillamente» (DPP 1:7).

Las consecuencias negativas:

– «Si esta Congregación nuestra tuviera el cuidado de cosas prácticas sin el suave yugo de la obediencia, ninguno tendría cuidado puntual de ellas, pues uno le echaría a otro la carga, como muchas veces lo hemos experimentado» (DPP 1:7).

– «Si esta Congregación existiera sin obediencia, no podría permanecer y perseverar por mucho tiempo, lo cual se opone a nuestra primera intención de conservar permanentemente nuestra Compañía (...), puesto que con ninguna cosa se conserva más una Congregación que con la obediencia» (DPP 1:7).

Los argumentos a favor de la obediencia:

– «La obediencia produce actos y virtudes heroicas, aun continuas. Porque el que verdaderamente vive bajo la obediencia, está muy dispuesto a ejecutar todas las cosas que se le ordenen, aunque sean sumamente difíciles, o causen confusión o risa y espectáculo para el mundo» (DPP 1:7).

– «Nada debilita tanto toda soberbia y arrogancia como la obediencia. Pues la soberbia tiene en mucho seguir el propio juicio y la propia voluntad, no ceder ante nadie, andar en cosas más grandes y admirables de lo que a sí conviene; a esto se opone diametralmente la obediencia, porque sigue siempre el juicio ajeno y la voluntad de otro, cede a todos, y se acompaña estrechísimamente con la humildad, que es enemiga de la soberbia» (DPP 1:7).

– «Aunque nosotros hemos entregado al Sumo Pontífice y Pastor toda obediencia, tanto universal como particular, sin embar-

go no podría ocuparse de todas nuestras cosas particulares y que vayan ocurriendo, que son innumerables; ni, aunque pudiera, sería decoroso que se ocupase» (DPP 1:7).

Analizando y ponderando

Una vez expresados y enumerados los distintos pareceres, el grupo entra en una nueva fase del discernimiento: ahora hay que analizar (con la mente) y ponderar (con el corazón) las distintas opiniones, para “sentir” cuál de ellas tiene “mayor peso”. Es una fase que dura largo tiempo: «Muchos días discutimos en uno y otro sentido acerca de la solución de esta duda, ponderando y examinando las razones de más trascendencia y las más eficaces, entregados a los ejercicios acostumbrados de oración, meditación y reflexión» (DPP 1:8).

Es un punto muy delicado del discernimiento. Salen a relucir las distintas exigencias, culturas, interpretaciones de la vocación (y del carisma), etc. El debate puede encenderse, calentarse, volverse emotivamente comprometedor. Y también fatigoso desde el punto de vista de la escucha y de la acogida recíproca. Porque aquí no se trata de expresar un parecer de modo desapegado o, peor aún, una opinión (“según creo yo”). Aquí hay que dar a los demás “mis motivaciones”, mis deseos, lo que me impulsa a tomar una decisión y que me caracteriza en mi singularidad y me confirma en mi identidad personal.

Lo que aquí está en juego es la disponibilidad a “jugar” según la dinámica trinitaria del amor recíproco: entregarme yo y “mis” motivaciones al otro y acoger en mí al otro con las “suyas”. Significa estar dispuesto a amar las motivaciones del otro como las mías. Significa estar dispuestos los dos a reconocer más importantes y urgentes las motivaciones del otro. Significa

vaciarse de las propias motivaciones, haciendo un don al otro, para que todos juntos puedan vivir «según la verdad en la caridad» para «crecer en todo en Él, que es la cabeza, Cristo» (Ef 4, 15).

Es en este tiempo, pues, cuando concretamente las almas y los corazones de los diez jesuitas se funden nuevamente en uno: el grupo, hecho “un solo corazón y una sola alma”, puede sentir en “su” alma el Espíritu Santo, que habla y hace sentir de modo claro y fuerte la palabra de Jesús.

Con voz unánime

«Finalmente, dándonos auxilio el Señor, concluimos, no por parecer de la mayoría, mas sin que nadie disintiera: que nos es más consiente y más necesario dar obediencia a alguno de los Nuestros, para poder realizar mejor y más exactamente nuestros primeros deseos de cumplir en todo la divina voluntad, y para que se conserve más seguramente la Compañía, y, finalmente, para que se pueda proveer como conviene a los negocios particulares que se ofrezcan, tanto espirituales como temporales» (DPP 1:8).

Como podemos observar, el grupo de los diez compañeros ha reelaborado la lista anterior de los distintos pareceres. Estos tres son los que han tenido “mayor peso” en el discernimiento y, por tanto, son los que cada uno y todos juntos han sentido como “propios” (“para nosotros”). Esto significa que hacer un discernimiento comunitario no es hacer prevalecer (vencer) uno u otro parecer. Significa hacer emerger, quizá lentamente, el «pensamiento de Cristo» (1Cor 2, 16).

Después de esta decisión, el grupo afrontó otras, «conservando de modo semejante el mismo orden de discusión y procediendo en las cosas restantes, siempre deliberando en pro y en contra de

cada una» (DPP 1:9). El día de la fiesta de san Juan Bautista, después de tres meses, «concluimos los asuntos con suavidad y profundo acuerdo, no sin grandes vigiliias, oraciones y trabajos de alma y cuerpo» (DPP 1:9).

El sueño se hace realidad

Dos años después, el 22 de abril de 1541, en la basílica de San Pablo Extramuros, en el altar de la Virgen María, después de la aprobación de la Iglesia y la elección de san Ignacio como general de la Compañía, los seis compañeros presentes en Roma hicieron su profesión solemne en un clima altísimo de amor recíproco: «El viernes de la octava de Pascua, 22 de abril, reunidos en san Pablo, se reconciliaron todos los seis unos con otros, y fue ordenado entre todos que Iñigo dijese misa en la misma iglesia, y que todos los otros recibiesen el santísimo sacramento de su mano, haciendo sus votos en la manera siguiente (...). Acabada la misa, y haciendo oración en los altares privilegiados, se juntaron en el altar mayor, donde cada uno de los cinco vinieron a Iñigo, e Iñigo a cada uno de ellos, abrazando y dando el beso de paz, no sin mucha devoción, sentidos y lágrimas, dieron fin a su profesión y vocación comenzada. Después de venidos, se produjo constante y gran tranquilidad, con aumento de alabanza a nuestro Señor Jesucristo»³. El sueño se hizo realidad.

¹ La segunda decisión llevó a la elección de san Ignacio como general. La tercera, a la redacción de la *Fórmula del Instituto*, en la cual se contiene en líneas esenciales el estilo de vida de los jesuitas.

² *Deliberación de los primeros padres* (15 abril 1539), (*Monumenta Ignatiana*, Series Tertia I, pp. 1-7).

³ *Forma de la Compañía y Oblación* (1541) 1:9 y 1:12 (MHSI, *Fontes narrativi* I, pp. 15-22).